

CONFIESO QUE HE LEÍDO
*Presencia/Ausencia de Pablo Neruda en la poesía de mi generación*¹

Carlos Trujillo

Me han pedido hablar de la presencia de Neruda en la poesía de mi generación, es decir, en la escritura de los poetas chilenos que comenzaron a escribir o publicar por allí por 1973 o, para mayor precisión, después del golpe de estado. Para ir de lo particular a lo general, intentaré un recuerdo de dos instancias en que tuve la oportunidad de encontrarme ante la impresionante presencia del vate.

En todo caso, de la primera ocasión, que es la más viva en mi memoria, no puedo asegurar que haya ocurrido exactamente como la recuerdo. Un sábado a mediodía en mi pueblo natal, tras subir con mi padre la empinadísima cuesta de Calle Blanco [en la ciudad de Castro, Isla Grande de Chiloé]; de regreso a nuestra casa, doblamos a la derecha en Calle Serrano y, con sorpresa, vimos que las rejas del Cine Rex estaban abiertas. “Deben estar pasando alguna película, me dije. Y debe ser gratis porque no hay nadie en las boleterías.” Así que le pedí a mi padre que me dejara ver qué pasaba. A pesar de estar abiertas las puertas de la platea, subí a la galucha desde donde provenían los aplausos y vivas. Fue subir y perderme entre el vocerío y los aplausos. De entre esa maraña de brazos y sonidos, vi la figura del poeta que desde el escenario se dirigía a los presentes con esa voz que, más tarde, se nos volvería inconfundible. Debe haber sido la proclamación de algún candidato. Tal vez para las elecciones presidenciales de 1958.

De esa vez no recuerdo más que la figura del poeta en el escenario iluminado y su voz nasal que hablaba de algo que no dejó ninguna huella en mi memoria. Bueno, yo debo haber tenido unos siete años y no sabía nada de política, ni de candidatos, ni de poetas.

La segunda vez ocurrió muchos años más tarde. Era 1970, y mi carrera, Pedagogía en Castellano, de la Universidad de Chile, sede Temuco [actual Universidad de la Frontera], organizó unas Jornadas Nerudianas. Una semana de celebración al poeta, un año antes del Nobel. En dichas jornadas, además del poeta homenajeado, participaron, Juvencio Valle, Luis Iñigo Madrigal, María Angélica Alfonso, Guillermo Quiñones Ornella y otros poetas y académicos que no recuerdo. Yo era entonces un muchacho muy muchacho, muy sureño, y tremendamente tímido. No falté a ninguna actividad ni me perdí ningún recital del poeta, pero nunca tuve la entereza para acercarme a él. Su figura, ese gran icono en que se nos había transformado el hombre y poeta Neruda, había levantado una muralla infranqueable a la timidez de ese muchacho castreño. Casi todos mis compañeros se fotografiaron con el futuro Premio Nobel. Yo nunca pasé de la segunda fila en sus recitales y ésa fue la distancia más próxima que estuve de él, tal vez porque siempre he sabido que el sol quema.

Pero hoy, que Neruda no está presente, debo hablar sobre su presencia, proximidad o influencia en la poesía escrita desde hace tres décadas a esta parte por mi generación. Neruda no ha venido a este acto y yo con algunos años más que en las instancias recién descritas me he propuesto decir lo que creo de esta relación.

¹ Ensayo leído en Temple University, Filadelfia, el jueves 7 de abril de 2005. Conferencia “Neruda en el Corazón”. (Nota de Carlos Trujillo). Este texto lo recibí por correo electrónico enviado por el propio Carlos Trujillo. He realizado un pequeño trabajo de edición corrigiendo algunas erratas y agregando, en un par de ocasiones, información adicional puesta entre paréntesis cuadrados. Creo que estos testimonios sobre nuestro Pablo Neruda evidencian un auténtico cambio de sensibilidad poética y política en la sociedad chilena —proceso aún en curso, por cierto— bajo la dominante cultural del “capitalismo neoliberal”, cambio en relación con la vieja sensibilidad constituida, en mi opinión, en el escenario chileno del Frente Popular, desde los tiempos de la Guerra Civil Española, y sus derivaciones de los años 60 hasta la Unidad Popular de los años 70-73. (Nota de Sergio Mansilla).

Antes de hablar de su influencia, creo conveniente referirme a lo que percibo de nuestra lectura de Neruda. Sé que enfrentados a una encuesta al respecto, la mayoría de los compatriotas dirá que ha leído a nuestro vate. Y si la encuesta fuera dirigida a los poetas, con mayor razón (aunque tal vez no con mayor certeza) dirían “sí, hemos leído a Neruda.” Sin embargo, ambas respuestas me dejan con las mismas dudas: ¿Qué, cuánto y cuán bien han leído unos y otros a Pablo Neruda? Y sin ningún afán de crear una polémica me inclinaria a decir que, en general, la gran mayoría de unos y otros lo ha leído, pero lo ha leído parcialmente y bastante mal. Sé que a muchos no les será fácil aceptar mi juicio, pero yo no tengo ni la más mínima duda de que lo dicho se acerca con bastante precisión a la realidad.

Es cierto que los chilenos de adentro y de afuera han leído a Neruda en las tres últimas décadas. Eso se da por descontado. Pero lo que yo me pregunto (y ya he respondido a medias antes de probarlo) es qué, cuánto y cuán bien han leído su poesía. Y ésta me parece una cuestión fundamental. No pongo en duda que la mayoría habrá leído parte de los *Veinte poemas de amor*. Sólo parte. Pero imagino que no habrán sido muchos los que hayan llegado a “La canción desesperada.” Y estoy hablando del mismo libro. Como no intento referirme libro por libro a la extensa bibliografía nerudiana, veamos qué es lo que se ha leído de esa vastísima totalidad.

Creo que la mayoría de los poetas de mi generación ha leído sus *Residencias*, y tal vez, esa misma gran mayoría ha guardado esa parte de su obra muy dentro de su conciencia para dejarla brotar —semilla fértil—, chispazo tras chispazo, a la hora de la escritura. No me cabe duda que sus dos volúmenes de *Residencia en la tierra*, más su *Tercera residencia*, se han marcado a fuego en la conciencia creativa de mi generación. Pero, asimismo, no estoy tan seguro de que el resto de su obra haya tenido la misma suerte.

Sus *Veinte poemas de amor y una canción desesperada* nos parecían y nos siguen pareciendo hermosos y hasta rupturistas en el tratamiento del tema amatorio, para el tiempo en que fueron escritos. Pero dadas las nuevas e insólitas condiciones en que vivió mi generación desde 1973, esa poesía de Neruda no nos aportaba las herramientas válidas, ni el lenguaje, ni una visión de mundo que se acercara a la realidad que estaba provocando el descalabro de nuestros sueños y donde, a pesar de todo, seguían dándose nuestros amores y desamores, junto a nuestros dolores y esperanzas. Después de todo, ya había pasado medio siglo de su primera edición. El amor seguía siendo amor, pero no nos era posible escribir de él como un sentimiento ajeno a la difícil contingencia que vivíamos. La historia nos había cambiado estrellas por balas, nostalgias de amores perdidos por nostalgias de un pasado roto e irrecuperable; penas de amor por penas de prisión, relegación o destierro. Fue así como empezamos a sentirnos más conectados con la poesía amorosa del nicaragüense Ernesto Cardenal: “Mi gatita tierna, mi gatita tierna;/ cómo estremecen a mi gatita tierna,/ mis caricias en su cara y en su cuello,/ y vuestros asesinatos y torturas.” (*Epigramas*)

Era una época en que la poesía no podía apartarse un milímetro de los avatares de la vida. Ciertamente, tampoco podía apartarse del amor, pero menos aún de la solidaridad, de la lucha por sobrevivir; por mantener la esperanza y los ideales; por pegotear los sueños trizados a punto de hacerse polvo y , por supuesto, por mantener el empleo. La poesía y los poetas no podían apartarse del temor, de las amenazas, los gritos, las carreras y disparos en las noches; de los rumores que entraban y salían por todas partes como Pedro por su casa. ¡Pobre Neruda! No nos era posible agarrar ninguno de sus versos y volar con ellos como “el viento de la noche,” ni escuchar que “a lo lejos, alguien canta a lo lejos,” excepto que el canto hubiera sido uno de protesta, susurrado bajito y en un lugar seguro.

Pero es sabido que nuestro poeta no sólo escribió poemas de amor. Cómo olvidar su monumental y exuberante *Canto general*. El *Canto*, entonces, debería haber estado más cercano a la poesía de mi generación. Poesía política, cronística, denunciadora, acusadora. Poesía mensaje para el pueblo comprometido en la lucha por sus derechos y su libertad; poesía-reescritura de la historia; poesía rompedora de unos mitos y creadora de otros; poesía en un lenguaje más cercano al lenguaje del pueblo; palabra rocosa y montañosa, marítima y cósmica, húmeda y vegetal. Las

cosas por su nombre, y hombres y mujeres también por sus nombres, ya para ensalzarlos o para apuntarlos con el dedo acusador. Y, claro, muy pronto esos versos comenzaron a aparecer en las murallas, en carteles y tarjetas postales hechas por los artesanos callejeros. Comenzaron a aparecer en las efímeras publicaciones de los nuevos grupos de poetas, algunos versos del vate elegidos con lupa. Sus poemas se recitaron a voz en cuello, los recitadores agarrados de las manos, en actos políticos y poéticos. Asimismo, el rostro del poeta empezó a aparecer por todas partes junto a los de Salvador Allende, el Che Guevara, Violeta Parra y Víctor Jara. Neruda se nos volvió un ícono poético-político y algunos de sus versos se repitieron y repitieron sin parar. Más tarde vendría la versión musicalizada de *Alturas de Macchu Picchu* hecha por Los Jaivas y quién más quién menos cantó en esos días, atropellado por la emoción, “Sube a nacer conmigo, hermano...” sintiéndose parte de esa multitudinaria raza llamada por el poeta a volver a la vida. Pero, a pesar de eso, mi pregunta sigue firme. ¿Influyó el *Canto general* en la poesía que escribimos en esos días? Y si es que influyó. ¿Cuánto y cómo influyó en ella?

Pienso también en su libro final, *Incitación al nixonicidio y alabanza a la revolución chilena*, publicado en febrero de 1973. El último libro revisado, corregido, ordenado y aprobado por el poeta. Hasta hoy, tres décadas después de su publicación, no he sabido de muchos estudios críticos sobre él ni tampoco he sabido de otras ediciones, aunque debe de haberlas. Reitero que no las conozco, lo que indica escasa distribución y difusión.

Vistos a la distancia, esos poemas bien pudieron servir de motivación y modelo a la poesía política de mi generación. Sin embargo, no ocurrió nada de eso. Por un lado, mi generación y la de los poetas que nos precedieron les temían como al mismo demonio a la rima y al verso regular. Y por ese mismo temor a muchos hoy se les hace cuesta arriba intentar una rima o un verso medido. Para qué hablar de un soneto o una décima. Me gustaría saber cuántos poetas leyeron este libro en esos años e, igualmente, cuántos lo han vuelto a leer desde entonces. Una vez más, no tengo la respuesta, pero imagino que su opinión de este poemario no fue muy buena. Tal vez lo encontraron demasiado directo, demasiado furioso, demasiado panfletario, demasiado-demasiado. Y si pensaron así, tal vez tuvieron algo de razón, pero algo habrá en ese libro si el poeta decidió publicarlo en un momento tan delicado de nuestra historia y tan importante para él. Más de alguna cosa tendría para ser rescatada y procesada por los poetas más jóvenes golpeados y re-golpeados por esa mano cruel y poderosa a la que Neruda amenazaba y denunciaba en ese mismo libro. Sin embargo, no recuerdo a ninguno de mis pares haciendo mención a él. ¡Nunca! Ni siquiera para hablar mal de él. Yo todavía guardo mi ejemplar de Editorial Quimantú, febrero de 1973, y un artículo de Marcelo Coddou publicado en *Araucaria*. Si lo anterior fuera correcto, podríamos afirmar que la poesía política de Neruda tampoco influyó mucho en los nuevos poetas chilenos.

¿Es que *Canto general* e *Incitación al nixonicidio* no representaban a los nuevos cantores e incitadores? ¿Es que aquel *Canto* y aquella *Incitación* no correspondían a la lucha ni al mensaje de la nueva poesía y del nuevo tiempo? Tal vez por allí vayamos encontrando el hilo. El *Canto* fue escrito por Neruda a lo largo de la década de los cuarenta, cuando es elegido senador, viaja por el mundo, y luego sufre las furias y las penas de la exclusión de su partido del juego democrático y la persecución de los comunistas impulsada por un presidente que ellos mismos habían ayudado a elegir. Era un tiempo en que su poesía tenía que cumplir una misión: enseñar ‘la verdadera historia’, es decir, la visión marxista de la historia. Su poesía debía ser un manual para llevar al pueblo a la lucha contra los opresores, para saber a quiénes emular y a quiénes evitar, qué ideas rechazar y cuáles seguir. *Incitación*, por otro lado, nació como una explosión de rabia, de una rabia que no era sólo de Neruda, sino de esa gran parte del mundo que veía simbolizados los horrores de Vietnam y los descarados intentos de derrocar al gobierno chileno en la figura de Nixon y de Kissinger. De modo que la diatriba del vate era bien merecida, pero no todo el mundo estaba de acuerdo en que Neruda tuviera que escribirla o escribirla de esa manera.

La situación post 73 era distinta, los nuevos poetas, dentro y fuera del país, enfrentaban una situación inédita para ellos y para todos sus compatriotas. Ese presente había sido impensable

para la mayoría y, por lo mismo, los poetas no encontraban en la poesía de Neruda el modelo a seguir. Claro, en su larga vida, Neruda nunca vivió una experiencia semejante. Así fue como cuando se miró hacia afuera, se encontró un mayor parentesco con poetas que habían vivido una experiencia parecida. Así se llegó con naturalidad a Ernesto Cardenal, a Pablo Antonio Cuadra y a otros poetas nicaragüenses, como también al salvadoreño Roque Dalton; a los rusos Wladimir Maiakowski y Serguei Esenin. Esto es, hablando de poesía política. Cuando se buscó la poesía sin adjetivos, poesía-poesía, se llegó principalmente a César Vallejo, que, tan profundamente humano y tan hondamente dolorido, nos golpeó por todos los costados. Lo sentimos nuestros y nos sentimos él. Ése dolor era espejo de los nuestros aunque sus causas no fueran las mismas.

Y, a estas alturas, ustedes se preguntarán, ¿qué pasó con el resto de la poesía nerudiana? ¿Qué pasó con *Crepusculario*, *Tentativa del hombre infinito*, *Odas elementales*, *Estravagario*, *Los versos del capitán* o *Memorial de Isla Negra*, por nombrar sólo algunos? Y debo decir que algo se leyó, algunos libros más que otros, algunas selecciones más que otras, pero no se le leyó con el mismo interés y hasta con la pasión con que se leyó a otros poetas chilenos y extranjeros.

La imagen de Neruda se fue haciendo cada vez más grande. Su perfil inundó todo el país en carteles, tarjetas postales, pinturas, grabados —ya en cuero, ya en cobre, ya pintados en trozos de vidrio—; sus versos volaron de una ciudad a otra en los bolsos de los artesanos y en las voces de los cantores. En la mente colectiva fue formándose la idea de que Neruda era el Poeta, el único con la altura para llamarse así. Neruda se hizo aire y tierra y roca y sueño y luz y esperanza. Se nos hizo el hoy sufriente y el mañana de plenitud. Pero, al mismo tiempo, fueron otros nombres los que se ganaron la atención de los nuevos poetas de esos días. Y entre esos, creo que tres nombres fundamentales fueron Nicanor Parra, Jorge Teillier y Enrique Lihn. Tres poetas vivos, y en plena producción en ese momento; tres poetas de un lenguaje más cercano al prosaísmo, un lenguaje que se acomodó mejor al oído y a la escritura de esa generación de verso libre y blanco. A partir de los ochenta también ganaría muchísimos lectores la poesía de Gonzalo Rojas. Pero no me cabe duda que las grandes influencias nacionales de los poetas que comenzaron a publicar inmediatamente después del golpe de estado fueron la antipoesía de Parra, la poesía lárca y evocadora de Jorge Teillier y la poesía de Enrique Lihn, de corte más intelectual.

Para cerrar estas apuradas líneas desde la perspectiva personal, del mismo modo que las comencé, tengo que decir que los poetas mencionados y muchos otros, de distintos países y épocas, fueron parte importante de mis lecturas; pero siempre tuve a mi lado a mi Huidobro, mi Mistral, mi Vallejo, mis clásicos españoles, y resonando siempre muy adentro de mi oído la poesía popular del campo chileno, poesía a lo humano y a lo divino, junto a mi *Estravagario* nerudiano que creo no ha ganado aún toda la atención que merece de la crítica.

Villanova University
USA

APÉNDICE

Al empezar a escribir este ensayo pedí a varios poetas chilenos de mi generación y menores que me informaran sobre su relación con la poesía de Neruda. A continuación incluyo algunas de las respuestas.

Voy a referirme a un antes y un después, como para ordenarme un poco, en cuanto a mi trabajo, por cierto, en relación con nuestro Pablo Neruda.

En el antes, también se puede hallar acontecimientos que diferenciar e ir incluso más allá, a esos momentos en que no escribía, pero leía o escuchaba poesía, especialmente, por razones de fuerza mayor: los estudios básicos y medios.

Recuerdo a mi profesor de Castellano, Don Edgardo Sánchez entrando a la sala de clases (estoy en 8° Año, Liceo Galvarino Riveros) con unos enormes discos con grabaciones de Nicolás Guillén, Gabriela Mistral y... Pablo Neruda. Me toca disertar acerca del poeta. Digo todo, hasta el color preferido de sus calcetines... pero se me olvida decir que había ganado el Premio Nobel. Clases para no dormir, dinámicas, todos "actuando poemas" o recitando con énfasis. Con todo, y a pesar de que nuestro profesor ya desplegaba (hablo de 1972) acciones pedagógicas que hoy son top, era difícil acceder al lenguaje poético. Me veo leyendo las Odas y preguntándome (luego de leer a Rubén Darío) si qué tenía eso de poesía... me parecían palabras demasiado sencillas, no veía por ningún lado el fulgor de las palabras que yo creía poéticas.

Tercero o cuarto medio, no recuerdo bien, pero por algún motivo, algún hilo conductor, alguna luz oculta, me toca "Walking Around", me llega "Sólo la muerte" y cierta parte de Crepusculario. Pero a medida que voy refinando mis lecturas, me van gustando menos Veinte Poemas... y cada vez más, Canto general y las Residencias. Nunca podré olvidar ese poema que remata: "Venid a ver la sangre por las calles... Lo tenía en un cassette, con la voz lenta y goteante del autor y junto a otros, de Cardenal, De Rokha y la Mistral se los hacía oír a mis alumnos (Politécnico, 1983- Escuela de Curaco, 1984) y no volaba una mosca. Los comentarios chorreaban; los temas alcanzaban incluso a la realidad del país de esos años... ¿Y no importaba? ¡Sí!, ¡Claro que importaba! ... se podía perder la pega (en Curaco la perdí y recuerdo una discusión con el alcaldecillo, porque me sugirió que podía cambiar a Neruda por otro poeta "más livianito"). Claro que podía pasar y pasaba, como pasó con Carlos Trujillo, Albán Mansilla, Orlando Aguilar y otros profesores ligados al movimiento cultural de esos años, exonerados de sus trabajos. Lo fundamental fue que Neruda había entrado igual nomás a esa generación de jóvenes estudiantes.

Este encuentro con Neruda se corta como con un cuchillo, por dos motivos, cuando empiezo a escribir:

- El descubrimiento de Parra.

- El terror mitológico de los poetas jóvenes (en ese tiempo lo era) de convertirse uno en un Neruda Chico.

Es decir, nos pegamos un salto a Parra, sin pasar por Neruda. Sin leerlo a fondo, sin comprenderlo, sin captar sus mecanismos de poetización de la realidad; pasamos a la carcajada a mandíbula batiente (a sabiendas de que era una risa de dolor) sin captar el dolor existencial de libros fundamentales como las Residencias.

Pasado este momento, ya estaríamos en los 80, fundamos un grupo en Valdivia, ahí presento un trabajo (un esbozo de De Indias, mi primer, libro) y mis amigos, como las hienas, cada uno corriendo con una presa del animal descuartizado, me dan algunas luces: Poemas como "Carta a Lautaro", "Indio convertido" o "Somos un Mito de Azul Americano", son menos despreciados que el resto y eran, precisamente, frutos de mis lecturas de Homenaje a los Indios Americanos (Cardenal), La Biblia, Los Poemas Precolombinos, traducidos por el P. Garibay y... especialmente, fruto de la lectura de Canto General.

Después, bueno, un tenerlo siempre como lectura de consulta. Incluso, con el tiempo, reconciliado con los Veinte Poemas que, uno más maduro, puede leerlos en el contexto en el que fueron escritos.

En estas palabras, de Neruda, veo yo, finalmente, el sello de nuestro poeta en mi proceso de escritura:

"La poesía tiene que caminar en la oscuridad y encontrarse con el corazón del hombre, con los ojos de la mujer, con los desconocidos de las calles, de los que a cierta hora crepuscular, necesitan aunque sea no más que un solo verso... esa visita a lo imprevisto vale todo lo andado, todo lo leído, todo lo aprendido. Hay que perderse entre lo que no conocemos, para recoger lo nuestro de la calle, la arena, las hojas caídas mil años en el mismo bosque..."

Nuestra capa americana es de piedra polvorienta, de lava triturada, de arcilla con sangre. No debemos tallar el cristal. Nuestros preciosistas suenan a hueco. Una sola gota de vino de Martín Fierro o de la miel turbia de Gabriela Mistral los deja en su sitio: muy paraditos en el salón como jarrones con flores de otra parte..."

Nelson Torres, "Neruda en el camino"

Por afición personal, las lecturas in extenso (e "intenso") de Vicente Huidobro, Rosamel del Valle y la de varios otros poetas hispanoamericanos, ocuparon largas horas de mi vida juvenil. En especial, Neruda formó parte importante de esas lecturas. Por allí pasé los poemas post-modernistas, neo-románticos del vate, el tránsito por el Neruda fantástico —el superrealista de Tentativa, Residencia (dos volúmenes de 1935)— y lo más gravitante, hablando en términos político-culturales, la España en el corazón, Tercera Residencia (1947) y el colosal Canto General, el único libro que che Guevara portaba en su pesada mochila de asmático guerrilleando en las alturas de Bolivia: ahí estaba el núcleo de más de cinco siglos de historia de la América agredida y él se alimentaba de sus lecturas. Dejemos de lado la onda de las mal llamadas influencias o no de Neruda, y hablemos de "intertextualidades" al uso. En algunos de mis libros, he usado algunos intertextos nerudianos, porque dicen mejor mi ira en contra de los imperialismos y las burguesías cómplices de Latinoamérica. Parte de mi comprensión global de la "estricta poesía", se vincularía a las lecturas que hice con admiración de Neruda en mi juventud, y ello podría reflejarse en mi escritura, no lo sé, creo que mis escasos lectores podrían verlo con más distancia. Definitivamente, mi develación política de la realidad chilena y latinoamericana y mi posición como ciudadano de izquierda y adherente a Allende, en su momento, fue iluminada e impulsada a la acción por la poesía política de Neruda y por el Neruda militante "izquierdista", prefiero decirlo así. Me da la impresión de que no hay otro poeta de su tiempo que refleje en su escritura la visión global de aquellas décadas que la Historia le impuso a Neruda y que le abrió los ojos, y, estimo, que muy bien abiertos. Ahora las cosas estarán como están, bastante turbias, por cierto; pero la vida (y su Historia) tiene más vueltas que una oreja y no sabemos el curso futuro de los acontecimientos, pero nuestras generaciones nada de renegadas, seguirán, creo, teniendo a Neruda como un referente en todas las dimensiones que te he señalado, incluyendo, en gran parte el componente político-cultural que heredáramos de Neruda.

Julio Piñones

Neruda va y viene. Acompaña siempre y sin duda. A veces vuelve cuando uno busca dismantelar la pomposidad de ciertas lenguas o cuando se quiere despegar esa costra de la dictadura. Neruda entonces viene y nos dice que en la impureza está la cosa, que no hay que

tenerle miedo a las palabras, que ellas valen aún, incluso cuando las hemos desfondado y dejado huecas como caracolas vacías. Si uno junta la oreja algo se escuchará. Neruda vuelve también por la boca de otros.

Y también en las lecturas de la poesía que amamos, de poetas como Ennio Moltedo o Nicanor Parra y muchos otros que son cruzados por esta voz nerudiana reconvertida, cambiada, sitiada, impostada, que ni siquiera importa si es impostada o importada o made in China, es nuestra de todas maneras, en todas estas variantes es aún nuestra, ya que hemos salido de ese infernal chilito de barrio alto y de papa verde en la lengua. Lo que sí es valioso, al menos para este yo que aquí te habla, es que no me siento solo, para nada; es una compañía que está allí, entre las vocales o palabras o rabias. Es una calurosa y amable compañía.

Sergio Holas

Neruda.

Pronunciar su nombre es como pronunciar el nombre de nuestro padre. Respeto, cariño, casi temor. Eso es lo que encuentro en las sílabas de su nombre. Me pregunto si lo habré leído completo. Creo que no. De todas maneras, hace siglos que no lo he vuelto a ver y su poesía me resulta ahora mismo un tanto nebulosa. Excepto, claro, la "Oda al Mar" que me la sé de memoria. ¿Que por qué me sé de memoria la "Oda al Mar"? Bueno, es que como a los 11 años yo detestaba la poesía. Es más, dudaba que pudiera haber en el mundo algo más estúpido que la poesía. La culpa la tenían algunas tías y maestras, pero sobre todo, uno de mis condiscípulos. Un niño hermoso y refinado que recitaba en todos los proscenios y en todas las ocasiones. Recitaba bellas poesías que hablaban de amor y de ocasos y de dolor y de almas delicadas en reinos inaccesibles y dramáticos. Todavía ahora experimento una terrible náusea al evocarlos. Pero entonces cumplí 12 años. Pasé al séptimo y un día apareció la Señorita Eliana con un libro de poemas. Comenzó a leerlo...

*"Aquí en la isla
el mar
y cuánto mar
se sale de sí mismo
a cada rato,
dice que sí, que no,
que no, que no, que no,
dice que sí, en azul,
en espuma, en galope,
dice que no, que no.
No puede estarse quieto,
me llamo mar, repite
pegando en una piedra
sin lograr convencerla,
entonces
con siete lenguas verdes
de siete perros verdes,
de siete tigres verdes,
de siete mares verdes,
la recorre, la besa,
la humedece
y se golpea el pecho
repitiendo su nombre..."*

Estaba sorprendido. Aquello no se parecía al sonsonete estúpido que el barbilindo acostumbraba a recitar poniendo los ojos blancos. Definitivamente era algo distinto, bello, poderoso. Podía sentir el mar en esas palabras, podía olerlo. Me gustó. Me encantó. Me acerqué a la señorita Eliana, le dije que quería copiar el poema, que me prestara el libro durante el recreo. Y ella me miró con ternura y me dijo “quédate con él, yo tengo otra copia”.

Así conocí a Neruda y así conocí la poesía.

Betancourt (el bello recitador) me dijo a la salida del colegio, quizás envidioso del obsequio de nuestra nueva profesora:

¿Sabías que Neruda es comunista?

No tenía idea —le respondí— ¿y vos cómo sabes?

Mamá me lo contó

Entonces los comunistas también escriben poesía —reflexioné.

Esa no es poesía —replicó Betancourt lleno de beatífica confianza.

¿No? ¿Y por qué no?

No, pues tonto, ¿no ves que no tiene rima?

Y diciendo aquello se despidió y corrió a encontrar a su madre que lo esperaba en la esquina. Respiré aliviado, al niño le disgustaba Neruda. Aquello me confirmó aún más que yo no podía estar equivocado.

Aquella noche, solo en mi cuarto, leí y releí aquellos extraños poemas. Había una magia singular en ellos. Ninguna palabra parecía ajena o muerta o ridícula como yo había creído hasta entonces que era la poesía. Al contrario, cada texto era algo vivo y excitante que abría mi conciencia de niño y me hacía percibir el mundo en una nueva dimensión hasta entonces sólo entrevista.

No sería mucho después cuando compré un lápiz verde e intenté perpetrar mi primer poema.

Así que Neruda para mí era lo máximo. Y, bueno, todavía.

David Miralles

Para quiénes entramos a estudiar en la Universidad el 84... La figura de Neruda fue relevante, ya que fue el pretexto para realizar actividades culturales "permitidas", pero que tenían un claro sentido político coyuntural: generar, fomentar y fortalecer los incipientes actos públicos en contra de la dictadura. Era el ícono o figura de fondo que se unía a Salvador Allende y al Che Guevara en los actos universitarios y poblacionales, y sin duda que sirvió para que mucha gente se asomara y sumara a actos de mayor decisión.

Pero, en cuanto a su poesía o estética literaria, si alguna influencia tuvo, fue más bien en muchos escritores que tenían escasa o ninguna formación literaria. Ellos sí recogían al Neruda contestatario y antiimperialista, imitando la tonalidad y el lenguaje.

Desde un punto de vista más personal mi relación con la poesía de Neruda, si acaso existe, tiene que ver más bien con temas compartidos, pero por una cuestión vivencial: la de vivir en condiciones naturales o paisajísticas, si se quiere, que por haber nacido en este sur, son similares. Pero, por esta misma línea, creo que Jorge Teillier, y más aún Ernesto Cardenal y Nicanor Parra, son poetas que más leemos y que están en la base de nuestra formación.

Mario García

No sé si lo que aquí escriba servirá de algo pero esta es la opinión de un casi poeta.

Personalmente considero que la mejor poesía de Neruda es la de Residencia en la Tierra; otros podrán discrepar, total no soy experto. Allí el tiempo degrada las cosas y los seres en un universo real aunque algo pesimista. Ese modo de ver el mundo algo influyó en la poesía que se escribe en este lugar del mundo. La otra poesía nerudiana, la vulgarizada hasta el cansancio, de los Veinte Poemas, las manoseadas Odas que se quedaron como poesía infantil en textos escolares ha ocultado los buenos poemas que nuestro poeta escondió en Canto General, Barcarola, Estravagario. Rescatando excepciones, otra vez me declaro ignorante y es una opinión personal; el Neruda lleno de imágenes influyó en los inicios de muchos poetas, palabras misteriosas, sonoras, que permitían construir versos metafísicos es común de encontrar en los primeros poemas de quienes se iniciaban en el pedregoso camino de la poesía. En el año de Neruda se le vulgarizó y comercializó hasta el cansancio. ¿Quién ganó dinero? Se sacaron discos con los peores poemas de Neruda, y si alguien decía conocerlo y deseaba pasar por intelectual recitaba “Puedo escribir los versos más tristes esta noche...” En nuestra televisión jamás se vio un foro serio o un programa de investigación que mostrara la verdadera obra literaria y la dimensión humana del poeta. Era un nuevo recurso mediático para continuar con la oscuridad intelectual propia de un liberalismo económico a ultranza. Creo que la verdadera influencia en la poesía austral es Teillier, un Teillier aparece escondido en Toño (Nelson Torres), en Velásquez (Jorge Velásquez), en Contreras (Mario Contreras Vega), en Rosabetty (Rosabetty Muñoz), y en muchos de tus poemas (Carlos Trujillo) y en muchos de los poemas de otros poetas que no nombro al primer recuerdo. Neruda aparecía dentro de la técnica y los recursos. Pero quien no le debe a Teillier sus dominios perdidos, su regreso al País de Nunca Jamás. Teillier está en nosotros con todas sus nostalgias.

Luis Mancilla Pérez

¡Ay Neruda, Neruda, Neruda! Cuando comencé mi afición a los talleres literarios me dedicaba a transcribir poemas del mentado poeta, luego mi desesperación por comprar cuanto poema-pergamino encontrara. Tenía mi dormitorio empapelado, por si se me pegaba la onda poética. A los doce años visité la casa-museo en Isla Negra; mi mamá esperaba afuera, dice que yo estaba pálida y evidentemente hasta con “piel de gallina”. Volví al lugar tres años después, aún con cierto fanatismo adolescente y encontré en un diario mural de la recepción una revista que tenía poemas y fotos del poeta; se titulaba “Neruda en el corazón” y tenía que ver con una exposición que se había montado en España.

Me encontraba en el lugar con una prima que se burlaba de cómo miraba ansiosa el preciado librito, hasta que lo arranqué de la tela y lo metí bajo la polera; salí corriendo del lugar muy nerviosa, riéndome cuesta abajo hacia la playa. Ya en la arena respiré tranquila, compramos unas cervezas y miramos la casa como si de ella hubiésemos robado un trofeo. Brindamos hasta llegar la noche.

Mariela Silva, "Anecdótica nerudiana"